

Antes  
de la era cr.  
vagar  
1424.

da en la montaña de Efraim, al norte del monte Gaas<sup>4</sup>.

31. Israel sirvió al Señor por todo el tiempo que vivió Josué y los ancianos, que vivieron mucho tiempo después de él, y que sabían todas las obras maravillosas que había hecho el Señor en Israel.

Gen. i. 24.  
Ezod. xii.  
19.  
Gen. xxxiii.  
19.

32. Tomaron asimismo los huesos de Josué que los hijos de Israel habían traído de Egipto, y los sepultaron en Siquem, en la parte del campo que había comprado Jacob á los hijos de Hemor, padre de Siquem, por cien corderas<sup>5</sup>, y que después perteneció á los hijos de Josué.

33. Murió también Eleazar, hijo de Aaron, y lo sepultaron en Gabaath, que pertenecía á su hijo Finees, á quien se le había dado en el monte de Efraim, *no como una ciudad sacerdotal proporcionada á su dignidad, sino como una recompensa debida á su mérito particular*<sup>6</sup>.

en hebreo con estas letras, HSS, con un *shin* al último; en vez de que HRS, con un *samec*, como está en el libro de los Juuees, significa el sol.

Y 30. Añádenos Setenta: Depositaron á su lado en el monumento donde lo sepultaron, los enchillos de piedra de que había usado para circuncidar á los hijos de Israel en Galaad, después que los hubo llevado de Egipto, conforme á la orden que el Señor le dió, y allí existen hasta el día.

Y 32. Véase el Génesis cap. xxxiii. Y 19.

*Ibid.* En el hebreo se lee, *viniu, et fuerunt*, en vez de *vini, et fuit*.

Y 33. Añáden los Setenta: En este tiempo los hijos de Israel tomando el Arca de la alianza, la llevaron de Eleazar su difunto padre, hasta su muerte, y fue enterrado en una ciudad de Galaad. Vuelvos los hijos de Israel á sus casas, adoraron á Astarote y á Astarot, y á los dioses de las naciones circunvecinas; y el Señor los entregó en manos de Eglon, rey de Moab, quien los dominó por el espacio de diez y ocho años. Observa el P. Houbigant que los Setenta verosimilmente no habrían añadido esto si no lo hubieran hallado en su ejemplar original, y en general, es mas fácil á los copistas omitir que añadir. Pero si ellos encontraron tal cosa, es de presumir que se omitieron algunas palabras por su negligencia, porque en el libro siguiente se ve, que antes de ser dominados por Eglon, rey de Moab, los Israelitas habían ya estado bajo el poder de Cusán-Rasataim; y parece que se debía haber hecho mención de esta primera serriedumbre antes que de la segunda. El libro siguiente va á exponer estas revoluciones.

Véanse los mapas de la parte septentrional y meridional de Judéa.

FIN DEL LIBRO DE JOSUÉ.

## DISERTACION

SOBRE LA DETENCION

### DEL SOL Y LA LUNA

AL MANDATO DE JOSUÉ (\*).

No se halla texto en la Escritura de que no se abuse, y cuyo sentido no se trastorne, desde que se han propuesto los hombres señalarse por opiniones singulares, ó desechar la autoridad de los milagros. El prodigio de la detencion del sol y de la luna al mandato de Josué, se ve indicado de un modo tan claro y terminante en los Libros sagrados, que para no reconocer en él un verdadero milagro, es preciso fatigar la imaginacion y torcer el sentido del texto. Hay sin embargo escritores que por una preocupacion que pasma, no quieren encontrar en el caso nada extraordinario, y dan explicaciones que destruyen toda su fuerza, y le quitan cuanto hay en él de maravilloso. Algunos guardan tan poca circunspeccion, que pretendiendo disminuir la grandeza de aquel milagro, y evitar las dificultades que encierra, hacen nacer otras mayores, y se meten en embrazos de que no pueden salir; y en vez de un milagro verdadero que no quieren confesar, presentan, á pesar suyo, otros muchos inútiles y aun mas inconcebibles.

Hay quien haya creído (1) que el sol y la luna no se pararon, sino que únicamente habían andado con mas lentitud. Notan estos autores que Josué no dijo: *Detente, ó Sol; sino, calla, ó Sol* (2); esto es, según la paráfrasis caldéa: *Sol, retarda tu carrera* (3); como si se dijese al que guía un coche que va con una grande rapidez: Corre con ménos precipitacion. Y después no dice el texto que el sol se quedó parado y en reposo; sino que *se detuvo en medio del cielo, y no se apresuró á ponerse durante todo un día* (4). Esto dice el libro de los Justos, citado en el de Josué.

Pero ¿quién ignora que en hebreo, *callar*, significa quedarse inmóvil, en reposo, detenerse? *Callen como una piedra*, dice Moises (5), lo que traduce S. Gerónimo diciendo: *Queden inmóviles como una piedra*. Y el Salmista (6): *Mantuvo la tempestad en el silencio: detuvo la tempestad*. Y Jeremias: *No calle la niña de tu ojo* (7): *No cese de derramar lágrimas la niña de tu ojo*. Y Habacuc: *Desgraciado del que dice al madero: Despierta; y á la piedra si-*

(\*) La sustancia de esta disertacion es de Calmet.

(1) R. Levi. Ben. Gerson.—(2) Jos. x. 12.—(3) *Ibid.*—(4) *Ibid.* Y 13.—(5) Ezod. xv. 16. *Fiant immobiles quasi lapis*.—(6) Psalm. cvi. 29. *Statuit procellam ejus in silentio*.—(7) Jerem. Thren. ii. 18. *Neque taceat pupilla (Hebr. filia) oculi tui*. Vid. et. iii. 49.

L  
Prevenio-  
nes de algu-  
nos escrio-  
ros contra el  
milagro de  
la detencion  
del sol y de  
la luna. Al-  
gunos dis-  
minuyen el  
tamaño del  
prodigio.

lenciosa: *Levántate* (1). De semejantes expresiones usaban tambien los profanos; y así Horacio decia, *Statua taciturnior*; y Plinio (2), *Luna silens*, para significar la luna al ponerse, y cuando ya no ilumina. Aludiendo el profeta Habacuc (3) á este acontecimiento prodigioso, dice de una manera muy terminante *que el sol y la luna se detuvieron en su morada*. Hablando de Josué el autor del Eclesiástico, dice igualmente: *¿No se detuvo el sol á una señal de su mano, de manera que un día fue tan largo como dos* (4)? Con estas diversas expresiones parece haber querido el Espíritu Santo prevenir todos los argumentos, y refutar de antemano todas las falsas explicaciones con que se ha querido embrollar este pasage. ¿Y qué ganarian nuestros contrarios, aunque se les concediese que el texto no habla de un reposo total y absoluto del sol y de la luna?

II.  
Algunos niegan enteramente el milagro. O pñiones de Maimonides, Grocio, Espinosa, le Peirere, y le Clerc,

El Rabino Maimónides (5) no se contenta con disminuir la grandeza del milagro, sino que pasa á negarlo enteramente. Josué en la oracion que dirigió á Dios para detener al sol y á la luna hasta vengarse de sus enemigos, no pretendia, segun este autor, sino indicarnos una cosa muy sencilla y bastante comun: pedia únicamente le diese Dios el tiempo necesario para derrotar á sus enemigos ántes de anochecer, como si hubiera dicho, queriendo expresar su deseo: ¡Ojalá, ó sol, no te pongas ántes de que háyamos vengados de nuestros enemigos! Escuchó Dios su súplica; pero no como nosotros lo creemos, parando realmente al sol y á la luna, ni prolongando extraordinariamente aquel dia, sino poniendo á los enemigos en sus manos, y dándole una victoria tan cabal, que no hubo motivo de descansar mas tiempo para derrotarlos enteramente; de modo, que ántes de anochecer, los cinco reyes y su ejército fueron desbaratados del todo. Vatablo favorece á las claras esta opinion, cuando parafrasea de esta manera la oracion de Josué: *No permitas, Señor, nos falte la luz del sol y de la luna, ántes de que nuestros enemigos queden absolutamente derrotados*.

Grocio es casi de la misma opinion, y quiere apoyarla en el autor de la carta á los Hebreos, en razon de su silencio acerca de aquel prodigio. Y efectivamente, en la enumeracion de los sucesos milagrosos y efectos extraordinarios de la fe de los antiguos patriarcas, no dice S. Pablo una palabra del sol y la luna parados por Josué (6), á pesar de que habla de otros portentos ménos notables que este, como fue la caída de las murallas de Jericó, y la recompensa de la fe de Rahab. Añade Grocio, que cuando se dice en Josué que *en esta vez obedeció el Señor á la voz de un hombre* (7), no se debe entender de una obediencia de sumision, como si Dios hubiera detenido al sol y á la luna al mandato de aquel caudillo; sino solamente, que Dios entónces peleó en favor de Israel, y dió á su pueblo la fuerza necesaria para perseguir y destrozár un gran ejército en muy poco tiempo. Todo esto puede asegurarse con bastante probabilidad, continúa el autor; bien que no sea imposible

(1) Habacuc. ii. 19.—(2) Plin. lib. xvi. c. 39. et alius.—(3) Habacuc. iii. 11. *Sol et Luna steterunt in habitaculo suo*.—(4) Eccli. xlii. 5. *An non in iracundia ejus impeditus est sol, et unq. dies facta est quasi duo?*—(5) Maimoni. More Nebock. part. ii. c. 35.—(6) Hebr. xi. 30. 31. 32.—(7) Jos. x. 14. *Obediente Domino voci hominis et pugnante pro Israel*.

para Dios detener al sol en su carrera, ó presentarlo de nuevo sobre el horizonte despues de puesto, por la reverberacion de alguna nube.

Espinosa (1) es mas atrevido que Grocio; reduce casi á nada todo el prodigio, afirmando que Josué y su ejército, mal instruidos de los secretos de la fisica y astronomia, creyeron falsamente que el sol se habia parado, porque ignoraban que el gránizo de que se hallaba el aire cargado á la sazón, podia refractar los rayos del sol mas que de ordinario, en cuyo error, dice, se hallaba tambien Isaias cuando sostenia que el sol habia retrogradado diez lineas en el cuadrante de Acáz; no sabia que esto podia provenir de las perlas,

El autor del libro de los Preadamitas (2), famoso inventor de recursos para explicar los efectos mas prodigiosos que se refieren en la Escritura, enseña que la detencion del sol en tiempo de Josué, no es lo que se han imaginado los hombres, pues que solo era un simple resplandor, que puesto ya el sol, se dejó ver por mucho tiempo en la atmosfera sobre Palestina, ó solamente sobre Gabaon y los valles circunvecinos, en que trababan los enemigos de salvarse, y que dió al general tiempo suficiente para derrotarlos. Supone que cuando Josué dijo al sol que se detuviese, estaba ya cerca de su ocaso. El astro en realidad se puso como siempre; pero ya desaparecido, siguió viéndose una luz semejante á la del sol, causada por la reverberacion de los rayos de aquel astro contra las montañas de Gabaon. Algun tiempo duró este resplandor, que fue seguido de otro ménos vivo y fuerte parecido al de la luna, que especialmente se notaba sobre el valle de Ayalon. De esta manera pretende explicar las palabras de la Escritura, de que aquel dia equivalió á dos, y que jamas se vió otro tan largo: *Non fuit antea nec postea tam longa dies* (3).

Juan le Clerc, en su Comentario sobre Josué, ha reunido y abrazado todas estas opiniones y pruebas, y aun ha llevado la cosa mas allá que los autores citados. Sostiene abiertamente que el sol no se paró, sino que todo fue una simple apariencia, y trata de probarlo: 1.º Porque segun los astrónomos mas esclarecidos, la tierra se mueve y no el sol; y de consiguiente á ella tocaba hacer lo que al sol atribuye Josué. 2.º Rigorosamente hablando, el sol no pudo verse detenido sobre Gabaon, por cuanto esta ciudad no estaba situada debajo de aquel astro, sino al norie del trópico de cáncer. 3.º Una cosa de tan poca importancia, como es la derrota de los Cananéos, verificada un dia ántes ó despues, no exigia semejante milagro. Dios no prodiga tanto sus maravillas, que quiera trastornar el orden de la naturaleza por una cosa que no lo merecia. 4.º La narracion de este suceso está tomada de una obra poética, titulada, *El Libro de los Justos*; y ya se sabe que los poetas tienen la costumbre de usar de un estilo binchado, hiperbólico y enfático. 5.º El autor de este poema quiso indicar con estas expresiones exageradas, que el sol y la luna en aquel dia parécieron haberse puesto mas tarde que siempre, ya porque los rayos de ambos astros, ex-

(1) Tractat. Theologici-Politici. c. ii. p. 22. et c. 6.—(2) Preadamita. lib. iv. c. 6.—(3) Jos. x. 14.

perimentando algunas refracciones, se hubieran dejado ver en el horizonte aun ya traspuestos, como sucede en Laponia, donde el sol ilumina de continuo y siempre se ve su luz durante el solsticio del estio aunque allí como en todas partes, nazca y se ponga: sea que Dios ó un ángel hayan hecho aparecer sobre el hemisferio algun cuerpo luminoso, supliendo así la luz del sol y de la luna que continuaron su movimiento regular.

III.  
Se responde á los argumentos de los que niegan el prodigio. El testimonio de los Autores Sagrados basta para asegurar la veridad del milagro. Nada se infiere contra el silencio del autor de la carta á los Hebreos.

Los autores cuyas opiniones acaban de exponerse, se han tomado todos un trabajo inútil, si acaso no están persuadidos de la verdad de la historia de Josué, y tambien de la infalibilidad de los Libros sagrados; porque es cosa demasiado superflua entretenerse en refutar ó en explicar con seriedad cosas que no merecen creerse. Mas si están en la persuasion de que las Escrituras son divinas y verdaderas, sus investigaciones son aun mas inútiles; porque, á no decir que los autores sagrados conspiraron para engañarnos cuantas veces hablaron de este acontecimiento, es necesario confesar que lo tuvieron por un verdadero milagro, y tambien nos lo han querido persuadir así. Por consiguiente, es muy fuera de propósito que se nos quiera hacer creer contra el testimonio de los autores sagrados, que no hubo un verdadero milagro; opinion que sostienen la Peirere y Espinosa, quienes se atreven á decir que Josué y el pueblo entero, poco instruídos en los secretos de la fisica y astronomia, tuvieron por un prodigio lo que solo era efecto de la refraccion de la luz del sol ó de una paretia. Mas hábiles que los antiguos, han sabido por su parte desenganarse sobre este punto, y á pesar de los términos expresos del original que envuelven la idea de un verdadero milagro, no han querido reconocerle. Reforman la narracion de un autor contemporáneo, que escribe lo que vio, y de que fueron testigos un ejército y un pais entero, pretendiendo estar mejor impuestos de lo que entonces pasó, que el mismo Josué. Finalmente, para defender su hipótesis, se ven precisados á confesar que el Espíritu Santo que animaba al caudillo del pueblo de Dios, no solamente lo dejó en su error con respecto á un acontecimiento de tanta consecuencia, sino que tambien le inspiró, para transmitir á la posteridad una falsedad que solo tenia por fundamento su ignorancia, y un fenómeno que habia comprendido muy mal.

Examínese toda la narracion de Josué y el pasaje del libro de los Justos que se cita en su historia: léase á Habacuc y al autor del Eclesiástico: preguntese á todos los Judios y Cristianos que hasta el día han leído la narracion de este acontecimiento (1): los términos solos en que está concebido, han hecho en todos los espíritus una impresion tan uniforme y natural, que no hay hombre de buena fe que no lo haya tenido por uno de los mayores prodigios que se refieren en la Escritura. Querer que toda esta historia esté tomada del libro de los Justos, que, segun se dice, era un poema, es afirmar una cosa enteramente falsa, y otra muy dudosa; porque es muy incierto que el libro de los Justos fuera un poema: antes bien era una historia de los acontecimientos mas memorables

(1) Vide si placet, Dissert. Natal. Alexand. De admirabili statione solis, imperante Josue.

que habian pasado á los hombres grandes de la nacion judia. Ni puede afirmarse sin temeridad que un libro que no existe ni se ha visto, y del que apenas hay un pequeño fragmento, sea un libro poético, escrito en estilo hinchado y figurado. Y aun cuando estuviera en verso el fragmento que se nos cita, ¿se seguiria de aquí que toda la obra fuese de la misma naturaleza? ¿no ha interpolado Moises piezas poéticas en su obra, que ciertamente está en prosa? Pero supongamos que estuviera en verso y estilo figurado, ¿se deberia por eso tomar sus expresiones como hiperboles, y como narraciones que deben explicarse en un sentido enteramente diferente del que presentan desde luego al espíritu? Por último, es enteramente falso que esté sacada del libro de los Justos toda la historia de la detencion del sol: nunca se alega el pasaje de un libro para probar el mismo pasaje. No se cita aquí el libro de los Justos, sino para apoyar la narracion de Josué; y así es incuestionable, que si el libro de este asegura que el sol realmente se detuvo en su carrera, el libro de los Justos debe decir precisamente la misma cosa; y reciprocamente, si el libro de los Justos lo tiene por milagro, el libro de Josué debe tenerlo tambien; porque de otra manera, seria inútil citarlo. No hay mas que comparar varios testimonios para ver su conformidad.

Es bien sabido que en ciertas circunstancias usan los autores sagrados de figuras, exageraciones y lenguaje poético; pero la secuela y encañamiento de los discursos, manifiestan fácilmente las ideas del escritor: así es que entra en la narracion sencilla y natural, despues de hablar figuradamente; un texto es explicado por otro: prepara el autor por lo comun las figuras con algunos preliminares, y rara vez se sostiene aquella por mucho tiempo; y se hallan tambien en la figura misma diversas palabras, que no pudiéndose entender literalmente, obligan á recurrir á explicaciones apropiadas. Pero nada de esto hay en el caso presente, pues que Josué, viendo en desórden á sus enemigos, ruega al Señor le dé una victoria completa: manda al mismo tiempo al sol y la luna no pasen adelante hasta tanto que se haya vengado de sus enemigos. Dice el historiador sagrado que estos astros se pararon en efecto; y para prevenir la dificultad que habria en creer una cosa tan maravillosa, cita otro libro que hace mencion expresa del caso. Concluye diciendo, que *jamás se habia visto ni se verá tampoco un día tan largo, y que Dios quiso obedecer á la voz de un hombre.* ¿Se podrá exigir un discurso mas sencillo, literal, histórico, y que tenga ménos figuras? ¿La exageracion y el hiperbole podian estar mas fuera de su lugar, y el lector mas penetrante no se engañaria si se pudieran ocultar sentidos figurados y metafóricos bajo expresiones mas llanas y sencillas?

Solo que el suceso por su naturaleza fuera increíble ó imposible, impio ó contradictorio, podria ocurrirse á la alegoría. Tal es en efecto, la regla que los Padres intérpretes han seguido y propuesto constantemente en la explicacion de la Escritura. No se halla ni impiedad, ni contradiccion, ni imposibilidad en la narracion de Josué: el hecho es en verdad milagroso, y excede las fuerzas conocidas de los agentes naturales; pero no es superior á la virtud del Todopoderoso. Si fue-

ra permitido ocurrir á las alegorías y explicaciones forzadas en las historias que nos parecen superiores á nuestros alcances, y poner en duda todos los milagros, ó reducirlos á acciones enteramente naturales por medio de sistemas quiméricos, ó por juegos de la imaginación, ya no podría contarse con ningún suceso sobrenatural de los referidos en los Libros santos, que estuviese á cubierto de los pretendidos espíritus fuertes. De esta manera no habrían atravesado los Israelitas el mar Rojo, no se habría secado el Jordan, no habrían caído los muros de Jericó, ni Jesucristo habría resucitado á Lázaro, &c.

Si el autor de la carta á los Hebréos se hubiera empeñado en no omitir ningún milagro del Antiguo Testamento, y hubiera referido todos los prodigios con que Dios recompensó la fe de los antiguos patriarcas, su silencio sobre el hecho de que se trata, sin duda sería de mucho peso; y se convendría en que la omisión voluntaria de la narración de este solo milagro hecha de propósito, al paso que se referían todos los demás, podría debilitar de alguna manera su certidumbre, á lo ménos con respecto á nuestro modo de ver. Pero es sabido, que el Apóstol toca muy á la ligera y como de paso los prodigios que hicieron los patriarcas, y refiere solamente un pequeño número de hechos. De toda la vida de Moisés escoge unas cuantas acciones; así es que no habla ni de las plagas de Egipto, ni de los milagros que obró en el desierto; tampoco mienta á Josué ni dice una palabra del paso del Jordan, ni de la conquista de la tierra santa. En una palabra, así como nada se puede inferir contra los antiguos patriarcas, de que el Apóstol no haya referido la mayor parte de sus acciones, así también su silencio nada prueba contra el prodigio que estamos examinando; y es cosa maravillosa que Grocio se haya entretenido en alegar pruebas semejantes.

Los autores que combatimos fundan lo principal de su hipótesis en un resplandor imaginario que apareció estando ya puesto el sol, resplandor que creyeron los Israelitas ser la luz de aquel astro, y que hizo pensar al pueblo que el sol se había metido aquel día mas tarde que siempre. Esta opinión no es uniforme con respecto á la causa de aquella claridad, porque Espinosa pretende que fue producida por la refracción de los rayos del sol en el granizo, de que supone que estaba el aire entonces cargado; y Grocio por su parte imagina una nube sobre el horizonte, contra la cual reflejaban los rayos que iban á dar á las montañas vecinas. La Peirere y el Clerc, sin meterse á examinar la causa que producía aquella claridad, creían que ella se dejaba ver sobre el territorio de las cercanías de Gabaon, después de haberse puesto el sol.

No niego á estos escritores la posibilidad de sus hipótesis, porque las parellas y la reflexión de la luz del sol sobre algunas partes de la tierra, aun ya oculto aquel astro en el occidente, ni son imposibles ni milagrosas. Así lo vemos diariamente en la luz que nos envía la luna, luz que no es mas que la solar reflejada de la luna sobre la tierra, cuyo efecto puede verificarse también por la refracción sobre una nube. En lo que insisto es, en que el hecho no se verificó así, y sostengo que nada de esto sucedió el día en que Josué derrotó á los cinco reyes, ó cuando ménos, que no tenemos de ello una prueba; de donde infero, que no puede asegurarse sin temeridad un

IV.  
La hipótesis  
incierta de  
un resplan-  
dor supues-  
to, no puede  
destruir el  
prodigio ce-  
rto de la de-  
tención real  
de los dos  
astros.

hecho tan incierto, con el objeto de destruir otro muy señalado del modo mas expreso y positivo. Si se tratara de un acontecimiento obscuro, desconocido, referido en términos equívocos, y susceptible de varias interpretaciones, sería yo el primero en aprovecharme de las explicaciones que se presentaran para ponerlo en claro; pero oponer una duda, una hipótesis, una cosa puramente posible á un hecho notorio y evidente, esto repugna á todas las leyes del buen juicio. Me enseña la Escritura que el sol se detuvo: que Dios obedeció á la voz de un hombre: que aquel día fue el mas largo que jamas se ha visto: que lo fue tanto como dos; y finalmente, que el sol y la luna se detuvieron en su curso; véase aquí un hecho muy bien señalado: todo el pueblo de Israel fue testigo de él; y el mismo Josué y los que le seguían lo tuvieron por verdadero y milagroso: detengámonos aquí, y oigamos á los contrarios. Para destruir la creencia de este hecho, dicen ellos que todo el pueblo creyó ver al sol sobre el horizonte, á pesar de que no estaba allí, y que pudo suceder por la refracción ó reflexión de la luz solar, que las montañas de Gabaon quedasen iluminadas algun tiempo: después de haberse puesto el sol. Y yo respondo, dejando á un lado la hipótesis propuesta, que es imposible que todo un pueblo crea ver al sol cuando no lo ve. Por ignorante que se le suponga en la astronomía, no se necesita estudiarla para ver al sol sobre el horizonte, y para saber que un día en que se ha estado á la vela ha durado tanto como dos.

Estos autores hacen una falsa suposición, afirmando que Josué mandó al sol que se parara cuando estaba en su declinación y próximo á ponerse; la Escritura por el contrario, indica que esto sucedió cerca del mediodía, cuando estaba en la mitad de su carrera. Josué llegó en frente de Gabaon muy de mañana, después de haber marchado toda la noche desde Gálgala (1); ataca á los enemigos, los pone en fuga; los persigue por la subida de Bet-horon, hostilizándolos siempre hasta Azeca y Maceda. Cuando los enemigos estaban en la bajada de Bet-horon, el Señor hizo ilocer sobre ellos una granizada de grandes piedras: dirigiéndose entonces Josué al Señor, dijo: Sol, no te muevas contra Gabaon, ni tú Luna, contra el valle de Ayalon (2). Por consiguiente, Josué hizo su oración entre Bet-horon y Gabaon; la primera estaba al poniente, y al oriente la segunda. Véamos ahora cuál era la distancia que había entre ambos lugares, porque con respecto á Azeca y Maceda, sabemos que los Israelitas no llegaron allá, sino después del milagro y la oración de Josué, y estas ciudades estaban mas distantes que Ayalon y Bet-horon.

Estaba situada Gabaon á cuarenta ó cincuenta estadios de Jerusalem hácia el norte. Josefo en el libro de las Antigüedades (3) la pone á cuarenta estadios de Jerusalem; y en su obra de la Guerra de los Judios (4), á cincuenta de la misma ciudad. Ordinariamente este autor supone la milla de cinco estadios, y de consiguiente los cincuenta harán una suma de diez millas, ó cinco leguas.

Bet-horon la baja (porque había otra llamada Bet-horon la de arriba, de la cual no se trata aquí), estaba en las cercanías de Ga-

V.  
Cuando  
mandó Jo-  
sué al Sol  
que se para-  
ra, no esta-  
ba en su de-  
clinación; ni  
tampoco á la  
mitad de su  
carrera.

(1) Josue. x. 9. Irruit Josue super eos repente tota nocte ascendens de Gálgala.  
(2) Josue. x. 11. 12.—(3) Joseph. Antiq. l. 7. 10.—(4) De Bellis. l. 2. c. 55.

baon y de Ayalon á cien estadios de Jerusalem (1), en el camino que va de esta ciudad á Cesaréa, y así, podia estar á cinco leguas de Gabaon entre norte y poniente (2). Joséfo la coloca en una altura, y de ahí es que Josué (3) habla de la subida y bajada de Bethoron. Este caudillo persiguio á los enemigos en la subida de esta ciudad, y en la bajada de ella hizo llover el Señor la granizada de piedras que mató mas gente que la espada de los Israelitas; entónces fue cuando temiendo Josué que se le escapasen, mandó parar al sol. No habia durado mas que cuatro ó cinco horas la persecucion del enemigo; y como lo habia puesto en fuga desde por la mañana, no podia ser mas que el mediodia con corta diferencia, y por eso mandó Josué al sol que no se moviera hácia Gabaon, porque el astro se dirigia del oriente hácia esta ciudad, que tambien estaba al oriente de Josué cuando se dirigió al Señor y mandó al sol que se parase.

*Ayalon*, de la que habla Josué en el mismo lugar, diciendo: *No te muevas, Luna, contra Ayalon*, estaba en la tribu de Dan (4) al occidente de Gabaon: varian mucho los autores acerca de su situacion, ó mas bien, hablan de diferentes ciudades de Ayalon. S. Gerónimo coloca á esta de que hablamos cerca de Gabaon (5); y en otra parte (6) fija su posicion geográfica á dos millas de Emaus ó Nicópolis del lado de Jerusalem. Debe pues suponerse, que Gabaon y Ayalon estaban casi á la misma distancia de Jerusalem, una al oriente y otra al mediodia ó sud-ocete de Josué. Este veia al sol que se avanzaba del oriente hácia Gabaon, y le prohibió pasar adelante; y viendo tambien á la luna que se dirigia hácia Ayalon, le mandó detenerse: la que al parecer estaba en su declinacion, pues de otra manera no habria aparecido en la mañana y ántes de mediodia mas avanzada sobre el horizonte que el sol.

De todo lo que acaba de exponerse se sigue, que el día no debia estar muy adelantado, ni el sol declinando al ocaso cuando Josué le mandó detenerse, y aun puede entenderse muy bien á la letra lo que dice el libro de Josué, á saber: *que el sol se paró en medio del cielo*. Y ciertamente, segun la narracion del caso, y recorriendo los lugares por donde pasaron los Israelitas, y el camino que tuvieron que andar despues de la oracion de Josué, es muy claro, que aun les fue preciso andar muchas horas. De Bethoron hasta Azeca y Maceda debia haber mas de cuatro ó cinco leguas, si es cier-

(1) *De Bello*, l. 9. c. 27.—(2) Así coloca esta ciudad Calmet en su mapa de la tierra prometida, grabado por M. de Ferri mas en otra carta de la misma tierra, grabada por Liebau, está situada esta ciudad al poniente de Gabaon, inclinando, es un poco al mediodia, cuya posicion parece mas conforme con la narracion de Josué, porque sería verosímil que los Cananeos en su fuga hubieran salido hácia Bethoron al norte, y hubieran despues bajado para Azeca y Maceda al mediodia. Comparando lo que dice Calmet en varios lugares acerca de la posicion de las dos ciudades de Bethoron, parece que *Bethoron la de arriba* debia de estar situada al noroeste de Gabaon en el camino de Jerusalem á Cesaréa, que estaba al norte; y *Bethoron la de abajo* al sudoeste de Gabaon, en el camino de Jerusalem á Nicópolis, que estaba al ocete. Veanse las advertencias de Calmet sobre la carta geográfica de la tierra prometida que están adelante en este tomo y su comentario sobre Josué. Véase tambien á Eusebio, y San á Gerónimo in *Lectis*.—(5) *Josue*, x. 10. 11.—(6) *Ibid.* xix. 42 et *Judic.* l. 35.—(7) *Hieronym. in Epitaph. Paula.* col. 663. *non. edit. Ascendit ad Bethoron inferiorem..... ad dextram aspiciens Ayalon et Gabaon.*—(8) *Hieronym. in Lectis.*

to, como lo pretende S. Gerónimo, que Azeca estaba á nueve millas y Maceda á ocho de Eleuterópolis hácia el norte (1). Advertido Josué (2) de que los cinco reyes estaban ocultos en una caverna cerca de Maceda, ordena á los suyos que le cierren la boca con grandes piedras, y continúen en la persecucion del enemigo. El ejército siguió á los Cananeos aun por largo tiempo, y cuando todo se acabó, volvió á Maceda. Sacaron á los cinco reyes de la cueva para quitarles la vida delante de todo el ejército: los colgaron, y permanecieron en los patibulos hasta ponerse el sol; pasado lo cual los descolgaron, y enterraron en la misma cueva donde los habian cogido. ¿Y podrá todo esto verificarse en tan poco tiempo como lo pretenden nuestros contrarios? ¿podrá decirse que una parelia ó un resplandor causado por la reverberacion del sol durara siete ú ocho horas despues de que aquel astro se traspuso? ¿no sería esto tener la misma ignorancia en la fisica y astronomia, que se tiene la temeridad de imputar á Josué y todo Israel? ¿Podrán decir que el ejército persiguio á los Cananeos desde Bethoron hasta mucho mas allá de Maceda, que despues hayan vuelto á esta ciudad mucho tiempo ántes de ponerse el sol, y todo esto á la luz de una parelia ó de una claridad nacida de reverberacion! ¿No sería esto caer en una contradiccion palpable? ¿Qué cosa era aquel sol que se vió poner en Maceda? Finalmente, admítanse cuantas reflexiones y refracciones se quiera, siempre sería preciso que el sol que iluminaba á los antipodas no podia dar su luz al hemisferio opuesto sino por muchas reflexiones sucesivas, lo que habria debilitado demasiado su claridad para que pudiera aparecer como sobre el horizonte. Los defensores de esta opinion hacen aun contra el interes de su causa, al afirmar que el sol estaba entónces en su declinacion, porque el día que le quedaba á Josué era en este caso mas corto, y de consiguiente hay menos facilidad para dar explicaciones del suceso.

Pero se preguntará ¿qué urgencia tan grande tenia Josué para pedir á Dios que prolongara este dia, puesto que aun le quedó mucho tiempo, despues de haber hecho lo que deseaba? ¿Para qué hacer esta oracion ántes del mediodia, y á una hora en que no habia razon alguna para creer que le hiciera falta la luz? ¿No sería esto tentar de alguna manera á Dios, y desconfiar de su bondad? ¿Por qué pedirle un auxilio milagroso, sin que hubiese una precision! ¿Por ventura escucha las oraciones indiscretas, y los deseos inconsiderados, mayormente en una cosa de tanto tamaño, como es trastornar toda la economia de la naturaleza, y detener los movimientos de los astros!

El apresurarse Josué á pedir que se prolongase el día á una hora en que no parecía necesario hacer tal peticion, no es precisamente una prueba de su desconfianza, ni efecto de un temor mal fundado; ántes bien es una señal de su celo y de su decision en perseguir á los enemigos de su Dios. Trasportado por su misma vivacidad, y animado con su valor, temió perder el fruto de tan gloriosa victoria,

(1) Eusebio y San Gerónimo en el libro de *Lectis Hebraicis*, dicen unicamente, que Azeca estaba entre Eleuterópolis y Jerusalem, y Maceda á ocho millas de Eleuterópolis, pero al Oriente: cuya posicion poco mas ó menos es la misma que á Calmet á estas dos ciudades en su mapa de la tierra prometida.—(2) *Josue*, x. 16. et *seqq.*

VI.  
La urgencia de Josué en pedir que se prolongara el día, es una muestra de su celo. Quer limitarle el poder y sabiduría de Dios, es una fuente de errores.

y pide que no se termine aquel día antes de concluir aquella batalla, que era obra de la mano del Todopoderoso. Dios que oyó tan prontamente sus deseos, los habia formado seguramente en su corazón, y su espíritu fue el que lo animó á que hiciese semejante demanda. Querer poner límites al poder y sabiduría de Dios, y querer juzgar de las circunstancias en que debe ó no debe desplegar la fuerza de su brazo para obrar maravillas, es una fuente inagotable de errores, y una insufrible presunción. ¿Qué necesidad habia de pasar el mar Rojo desde una orilla hasta la otra, abriendo al efecto sus aguas? Bastaba haber infundido un terror pánico en el ejército de Faraon para dispersarlo. ¿Qué necesidad habia de secar el Jordan y de echar por tierra las murallas de Jericó, pudiéndose vadear el río pasado algun tiempo cuando estuviera ménos crecido, y tomar á Jericó á viva fuerza? ¡Hombre, quién eres tú para razonar de esta manera con Dios! ¿Quién ha estado en sus consejos y penetrado sus designios! Mas justo y regular es discurrir de esta manera: La Escritura me enseña que Josué detuvo al sol en su carrera; era por consiguiente útil y necesario para la gloria del Señor que se verificase este milagro, pues de lo contrario no hubiera sucedido.

Aunque los Libros santos no hayan indicado la estacion en que sucedió el prodigio que hace la materia de esta Disertacion, los Judios no han dejado de asegurar que se verificó en el solsticio del estío (1), el día cuatro del mes de Tammuz, que es el cuarto del Año Santo de los Hebréos, y corresponde á nuestro mes de junio: otros lo suponen en el mes tercero, en uno de sus domingos (2); y Userio, sin determinar ni el día, ni el mes, sostiene que sucedió en el estío del primer año de la entrada de Josué en la tierra de promision (3), cinco ó seis meses despues de pasado el Jordan. Conforme á esta hipótesis se podrá calcular la longitud del día de que hablamos, suponiendo con la mayor parte de los antiguos (4), apoyados en el texto expreso de la Escritura (5), que el milagro sucedió cerca del mediodía: *Stetit itaque sol in medio caeli*; admitido pues, que aquel día duró como dos, se le puede dar de duracion diez y ocho, veinte, ó veinte y cuatro horas.

Un autor judío llamado Schem-toh, esto es, bello nombre ó buen nombre, asegura que Dios en esta ocasion crió en el aire un nuevo cuerpo luminoso, ya que estaba puesto el sol, para que suplira la luz de este, é iluminara á los Israelitas todo el tiempo que fuese necesario emplear en conseguir una victoria completa sobre sus enemigos. David Kimchi y su padre José, creyeron que este cuerpo luminoso era la luna que habia sucedido al sol, para iluminar á los Hebréos. Pero ¿es menor milagro la creacion ó produccion repentina de un nuevo cuerpo brillante, que la detencion ó el reposo de la luna y el sol? Si se quiere ahorrar un milagro, y disminuir el número de los sucesos sobrenaturales, ¿á qué fin meterse en dificultades nuevas? ¡Habrà tratado acaso la Escritura de engañarnos, diciéndonos de mil maneras, que el sol se detuvo; que no se apresuró á ponerse; que

(1) Vide Rabb. in Seder Olam. c. 11. Genabr. Ariann.—(2) Serar. in Josue, 10. qu. 22. Boiss. in Josue c. x.—(3) User. ad annum. 2553.—(4) Srdul. 1. 1. Theodo. ret. qu. 13. Anctor. de mirabil. saccr. Script. l. 2. c. iv. Vide Serar. qu. 22. in Josue. c. x.—(5) Josue. x. 13.

los cinco Reyes pendientes en sus patibulos fueron descolgados al trasportarse el sol, y enterrados en seguida? ¿Se encuentra en el texto sagrado el menor vestigio de este pretendido cuerpo luminoso, criado cuando ya estaba puesto el astro del día? ¿De qué hubiera servido entonces, ya que ningun enemigo quedaba en el campo, y cuando el pueblo estaba de vuelta en Maceda, despues de derrotados completamente los Cananéos (1)?

Aun se objeta á nuestra opinion: 1.º El silencio de los autores profanos: 2.º Se dice que es contraria á las reglas de la astronomía: 3.º Que si el sol se hubiera parado como lo aseguramos, habria tenido el mismo Josué que arrepentirse de su peticion; porque expuesto su ejército á sus ardientes rayos, no podia alcanzar tan fácilmente la victoria por no hallarse en estado de continuar el alcance del enemigo: 4.º Si Josué hubiera hecho un prodigio cual se nos representa, seria preciso confesar que habia excedido á Moises en poder, por cuanto este legislador jamas hizo cosa tan brillante y estupenda; suposicion contraria á la Escritura, la que justifica gloriosamente en favor de Moises, que no se levantó en Israel profeta que le fuera semejante, y que hubiera hecho los signos y portentos que hizo Moises en Egipto y en presencia de todo Israel [2].

Pero es tan fácil responder á estos argumentos, como á los propuestos anteriormente. No hay un motivo de admirarse de que los autores profanos y extrangeros no hayan hablado de tal acontecimiento, porque es muy anterior á todo lo que tenemos de los autores y monumentos que pudieran instruirnos del caso, el que precedió muchos años á los autores griegos y á los tiempos llamados históricos por ellos. Siendo tan notable el prodigio de que tratamos, debió ser conocido sin duda de todo el mundo: todos los pueblos debieron percibirlo, porque pasó á la faz del universo y en astros que están á la vista de todos los hombres. Pero ¿deberá por eso haberse conservado su memoria en los monumentos públicos? ¿Cuántos otros sucesos importantes no han quedado sepultados en el olvido? Acaso en la historia antigua estaria consignado, sin que llegara hasta nosotros; ó bien, si el hecho se nos ha referido, se encuentra envuelto en ficciones fabulosas, que no permiten reconocerlo, como por ejemplo, lo que se refiere del tamaño de una noche que duró tanto como dos, mientras que Júpiter estaba mirando á Alcmena; y lo que refiere San Agustin (3), citando á Varron, que se vió en la estrella de Venus una mudanza prodigiosa por haber mudado aquel astro de curso, de color y de tamaño en tiempo del rey Ogiges. ¿De dónde viene el poder que atribuyen los poetas á la magia para contener el movimiento de los astros, sino de la persuasion en que estaban de que tales fenómenos se habian verificado otras veces, y no eran imposibles á los dioses? Lucano dice:

Cessavere vices rerum, dilataque longa  
Hæsit nocte dies; legi non paruit æther,  
Torruit et præceps audito carmine mundus (4).

Refiere Homero que Minerva (5) prolongó mas que de ordina-

(1) Josue. x. 20. 21.—(2) Deut. xxxiv. 10. 11. 12.—(3) Agus. l. 21. de Civit. c. viii.—(4) Lucan. l. 6. Pharsal.—(5) Odys. xxxii. 242. 243.

VII.  
Respóndase  
á otros argu-  
mentos. Na-  
da se infiere  
del silencio  
de los auto-  
res profanos

rio la noche en que Ulises mató á los amantes de Penélope, y se le dió á conocer; el mismo poeta (1) hace decir al sol, irritado con la muerte que dieron á sus bueyes los compañeros de Ulises, que él dejaría á la tierra sin luz, y se contentaría con iluminar el reino sombrío de Pluton.

Finalmente, el argumento sacado del silencio de los autores, es en general de los mas débiles, y no puede ponerse, sino cuando los historiadores han sabido ó tenido la obligacion de referir el hecho que se cuestiona, y cuando se conservan todos sus escritos, ó cuando se hallan en lo que queda de sus obras especies contrarias á las que se disputan. Pero en lo que mira al prodigio sucedido en tiempo de Josué, no hay nada de esto con respecto á los autores profanos, los cuales no han debido ni saberlo ni referirlo, porque ni son contemporáneos del suceso, ni conservamos todos sus escritos, y en los que nos quedan de ellos no se halla cosa que contradiga lo que la Escritura nos enseña; y así, de su silencio no puede deducirse ninguna consecuencia.

Ademas: si por las leyes del buen juicio y de la equidad natural, y por una especie de derecho de gentes se ha sancionado, que en lo que mira á la historia de cada pueblo y de cada pais, nos aten-gamos al testimonio de los de aquel pueblo ó de aquella tierra, por la presuncion racional de que deben estar mejor informados de sus asuntos que los extrangeros; por qué los Hebreos no gozarán de este privilegio, singularmente teniendo tantas señales de sinceridad y sabiduría como las que se notan en sus escritores, y que no podemos desconocer aunque dejásemos á un lado la inspiracion divina, la que pone sus libros sobre toda critica, respecto de aquellos que los tienen como sagrados?

Por lo que mira á la supuesta imposibilidad del milagro, por oponerse, segun se dice, á las reglas de la astronomía, creemos poder sostener á la letra este prodigio, que nadie probará ser imposible para Dios. Filosóficamente hablando, no es una simple prueba, sino una verdadera demostracion, ó para explicarnos con mas exactitud, una evidencia que no necesita de prueba, que cualquiera ser finito ó infinito, perfecto ó imperfecto, existente ó solamente posible, no puede componerse de elementos contradictorios. No puede pues haber oposicion entre las perfecciones supremas del Ser eterno; y de consiguiente las obras que emanan de él, lejos de destruirse las unas por las otras, sirven para manifestar mas y mas la omnipotencia y gloria de su divino autor. Una vez admitido este principio evidente, él nos conduce á una consecuencia inmediata, y que es comun entre todos los intérpretes sagrados, á saber: que en materia de prodigios referidos en las santas Escrituras, es preciso, ó negarlos por entero, ó admitirlos tales cuales se nos presentan. Y así, solo por reanudar la debilidad de los hombres se discuten á veces sus objeciones contra los milagros. La mas fuerte, segun nuestros contrarios, se toma de las leyes conocidas y demostradas de la astronomía. Cual-

(1) *Ibid.* xii. 382.

Creimos debiamos refundir enteramente los párrafos 9 y 10 de la anterior edicion, porque nuestros autores se han metido no solamente en menudencias insuficientes ó inútiles á la cuestion, sino tambien se inclinan á sistemas astronómicos, olvidados de mucho tiempo atras. (Nota de los nuevos Editores franceses).

IX.  
El prodigio de la detencion del Sol y la Luna no se opone á las reglas conocidas ó hipotéticas de la astronomía.

quiera sistema que se escoja entre los antiguos, dicen ellos, se debe convenir en que no solo el sol se paró, sino tambien toda la máquina del mundo. Si se admite el sistema de Copérnico, la tierra fue la detenida en su movimiento diurno; pero esta suspension trae consigo la del movimiento de toda la naturaleza, á lo ménos, tal como la ven y la imaginan nuestros sentidos y nuestra razon. Pero añaden, en todas estas suposiciones, se hace el mayor de los milagros, esto es, se añaden á este otros infinitos con respecto á cada cuerpo de la esfera, contra el principio establecido de que no se deben multiplicar sin necesidad. Tal es la objecion reducida á sus términos mas simples, y presentada sin embargo con toda su fuerza; pasemos á responderla.

Los nuevos inventores de expedientes contra los milagros no han conocido que se comprometen espontáneamente á demostrar dos cosas: primero, que el movimiento de un globo no puede cesar sin que cese el de los otros, ó lo que viene á ser lo mismo, que el movimiento de los astros depende de cuerpos dentados, como se ve en nuestras máquinas, lo que no sucede ni sucederá jamas; segundo, que la suspension del movimiento de la tierra ó del sol exige otros muchos milagros comprendidos en el principal, esto es, la inmovilidad momentánea de toda la esfera. Aun así presentado el argumento es de ningún valor; porque en esta misma suposicion, en vez de una multitud de prodigios, no hay mas que uno para Dios que lo obra, como para el hombre que es testigo de él. Cuando Dios lo quiere, no hay cosa que le sea gradualmente fácil ó difícil, porque todo le es igualmente posible, y no le cuesta mas quitar el movimiento á la naturaleza que le costó dárselo. Pasemos adelante. Si hay dificultades relativas con respecto al Ser Supremo, se podia decir á ciertos hombres (1), cuya ambicion de explicarlo todo encuentra resistencia, por ejemplo, en dar razon de la resurreccion de los muertos, que debe ser mas fácil para Dios volver la vida á un ser que la ha perdido, que concedérsela á uno que no la ha tenido jamas. Pero no es así: todo es igualmente fácil al poder de aquel que no es mayor en los ángeles que ha criado, que en los gusanos que ha hecho, dice San Agustín: *Creavit in celo Angelos, fecit in terra vermiculos, nec major in illis, nec minor in istis.* Josué habló, pues, como debia hacerlo, ateniéndose á sus sentidos, como nosotros lo hacemos diariamente ateniéndonos á los nuestros, y los copernicanos y los astrónomos á los suyos. Estas palabras en boca de Josué: *Suspende, ó Sol, tu movimiento*, se cambian en la boca del Señor en estas otras: *Párese la naturaleza, y la naturaleza se paró.*

Los hombres que se tienen por mas sábios, son precisamente los que á ciegas caen frecuentemente en errores, que evitan sin raciocinar mucho gentes infinitamente ménos penetrantes. De que se hubiesen parado todos los cuerpos celestes, se ha querido inferir que era preciso un milagro para cada uno de ellos. Pero si Dios juzga á propósito, por ejemplo, aumentar repentinamente la presion del aire, ¿se concluirá de aquí ser necesario otro milagro para hacer subir el agua

(1) Aquí solo hablamos con filósofos que admiten la existencia de Dios, y la inmortalidad del alma; porque con respecto á otros no damos importancia á ninguna de sus objeciones.

sobre treinta y dos pies, que es el término de su equilibrio con la atmósfera! Por nuestra parte responderemos sencillamente, que el ascenso del agua sería en este caso un efecto enteramente natural de la presión milagrosa del aire; y que por el contrario, sería preciso un segundo prodigio para impedir que subiera. Así que, en el sistema en que únicamente respondemos, esto es, en el de la dependencia mutua de los cuerpos celestes en sus respectivos movimientos, no obró Dios mas que un prodigio por la voz de su siervo, quien por su parte expresaba las cosas como las percibían los sentidos. Hemos entrado pues en la dificultad tanto mas seguros, cuanto que este sistema no puede perjudicar al milagro de que se trata, y que sería muy digno de abrazarse si encerrara este pensamiento sublime, que así como el Criador por un solo acto de su voluntad ha producido el mundo, de la misma manera, una sola ley arregla sin excepcion todos los movimientos; ley única, ley primera, y de la cual se derivan las otras que á nuestros ojos se presentan como tales. Pero aquí está el secreto de Dios, quien no ha querido revelarlo hasta el día, por que no ha creído fuera necesario á nuestra salud el conocimiento perfecto de la astronomía. Hasta aquí el sistema es una simple proposición, que nuestros últimos nietos jamas verán convertirse en teorema.

Aun resta otra dificultad, en la que no tienen parte todos las hipótesis posibles, sobre la ley única ó no única de los movimientos de los cuerpos celestes; y consiste en explicar, cómo es creíble que un ejército que ha marchado toda la noche pueda derrotar á sus enemigos, y perseguirlos un día entero que duró diez y ocho ó veinte y cuatro horas, y aun treinta y seis, segun algunos autores. (1) Si los Israelitas se vieron precisados á hacer alto para comer y descansar, ¿de qué les sirvió tan largo día? y si su marcha fue continua, ¿cómo resistieron fatiga tan extraordinaria? Algunos Padres (2) han sostenido que Josué y su ejército no tomaron alimento durante todo el día, lo que no pudo verificarse sin un nuevo milagro, por el cual Dios hubiera vigorizado á su pueblo en una fatiga tan extremada, ó suspendido con respecto á ellos el efecto natural del hambre y de la sed por su poder infinito. Nosotros creemos mas bien, que el pueblo, conforme á la costumbre de aquel tiempo, llevando consigo provisiones, no dejó de comer y beber, sin dejar por eso de perseguir al enemigo. Cada uno se aprovecharia de las circunstancias en que se hallaba para tomar su alimento, segun lo exigía la necesidad, pues Josué no lo prohibió, y por otro lado, el atraso que sufrían por intervalos algunos individuos, no era un obstáculo para que el grueso del ejército continuase la persecucion. Se nota que Saul (3) habiendo puesto en fuga á los Filisteos, prohibió con pena de la vida á los suyos que gustasen cualquiera cosa: su hijo Jonatás, habiendo contravenido impensadamente á esta orden, de que no tenia conocimiento, no pudo ménos cuando lo supo, que que-

(1) Justin. *Dialog. cum Tryphone*.—(2) Tertull. *l. de Jejuniis. c. x. Jesum Nave rebellantem Amurharos, non providisse illa die existimamus, qua ipse elementa stationem imperavit. Hieron. l. ii. contra Jovinian. Jesus filius Nave stationem imperavit Sali et Luna, et in diem pluresquam unius diei victoris exercitus protulit*.—(3) 1. Reg. xiv. 24. 29. 30.

jarse de su padre que habia contrabido á Israel, por cuanto si se hubiera dejado al pueblo la libertad de comer, habria perseguido al enemigo con mas suceso y energía.

Es de poca fuerza la última objecion que nos presentan, y que mira á la superioridad de Moises sobre Josué, á la cual se dice que atacamos, admitiendo el milagro de este último á la letra y sin restriccion. El argumento haria fuerza, si pretendiéramos poner á Josué sobre aquel legislador, y al discípulo sobre el maestro en todos sentidos y respecto; pero ¿qué inconveniente resulta de que Josué hiciera un milagro mas grande que cualquiera de los de Moises? ¿No los hizo Eliseo mas numerosos y mas grandes que los de Elias? y los apóstoles ¿no los hicieron mas aparentes (1) que algunos de los de Jesucristo? Las maravillas que obra Dios por el ministerio de un hombre ¿son pruebas ciertas de su mérito? ¿será Moises ménos de lo que es, y no quedará siempre superior á Josué, á pesar de que este haya hecho un milagro que nos parezca mayor que los suyos? Finalmente, ¿qué es lo que hace á un milagro mas ó ménos grande? ¿Consiste la dificultad en nosotros? entónces todos los milagros son iguales, pues que todos son superiores á nuestras fuerzas; y en materia de imposibilidad, en alguna manera todo es igual, lo mismo que en materia de eternidad y de infinito. Si con relacion al poder de Dios se quiere que el milagro de Josué sea mayor que los de Moises, esta es una temeridad y un error, porque Dios es omnipotente, y lo que no es absolutamente imposible, es igualmente posible para él (2).

(1) Aun esto es poco. El mismo Jesucristo se dignó disolver la dificultad declarando á Felipe, que cualquiera que creyera en su Magestad haría las mismas obras que él, y aun mayores tambien: *Qui credit in me opera que ego facio, et ipse faciet, et maiora horum faciet*. Juan. xiv. 12.—(2) Véase un poco atras en la página 353 el desenvolvimiento de esta asercion.

## ADVERTENCIAS

SOBRE

### LA CARTA GEOGRÁFICA

DE LA TIERRA PROMETIDA (\*).

**T**odo el mundo está persuadido de la importancia de la geografia sagrada, la que nos pone en estado de conocer los lugares

I.  
Importancia  
de la geogra-  
fia sagrada

(\*). Esta disertacion que es de Rondet, algo se resiente de los progresos que habia hecho la geografia en la época en que escribieron los autores que lo sirvieron de guia. El mismo Rondet hizo á veces innovaciones aventuradas cuando menos, y así creemos oportuno hacer aquí y allí algunas supresiones, comenzando desde la página 345 de la precedente edicion, y 357 de la nuestra, y despues terminar estas advertencias (página 365) con un extracto de la geografia antigua de d'Anville. Paris 1788, tomo 2.<sup>o</sup> página 122 á 215. Se trabajó el mapa conforme á los de d' Anville y á la hermosa carta de Syria de Pailltre. (Nota de los nuevos Editores).